

MI CONEXIÓN Nº 11 "HOSPITALIDAD

por Roland Laneuville, p.m.é.

"رولاند (Roland), ¡prepárate! Mañana por la mañana nos vamos a visitar a mi mamá". Era Sadiq quien me hablaba, muy feliz. Febril incluso. Yo estaba en An Nahud, Sudán, estudiando árabe. Compartía el apartamento con un grupo de estudiantes de administración en esta pequeña ciudad en medio del desierto del norte de Sudán. Salimos a la hora acordada, en un camión de mercancías por pistas desérticas. Íbamos cómodamente sentados en sacos de harina. Se lo garantizo: es sólido, pero no muy blando. Unas tres horas más tarde, llegamos a Janina Jadida, el pueblo de Sadiq, un oasis perdido en el desierto, salpicado de una treintena de casas de adobe.

Dedicamos la tarde a aprender a montar en camello. Mahmoud, primo de Sadiq, había venido a echarle una mano. Con un alumno tan dotado como yo, sin duda necesitaba un entrenador ayudante. Me felicitaron y me dijeron que aprendía rápido, pero que para la próxima lección mejor mantuviera las cuerdas en la mano para no dejar que el camello cogiera velocidad, en cuyo caso podría dejarme caer de un lado u otro. Me di cuenta de que había evitado lo peor.



De regreso, el sol acaba de ponerse. La madre de Sadiq nos espera. O mejor dicho, nos ha preparado una comida hervida en la cabaña de los hombres. En cuanto hemos comido, nos esperan tres colchones de paja. Cansadas tras horas en el camión y en el camello, nuestras espaldas agradecen el descanso.

Al amanecer, detrás de la cabaña, la mamá de Sadiq me ha preparado un cubo de agua caliente para que me duche. ¡Qué bien! La vida renace. Justo cuando estaba a punto de ponerme la camiseta, ella me sienta en un taburete y se me acerca con una botella. "¿Qué es esto? pensé. ¿No será zumo de manzana? No. No me lo ofrece para beber, sino que con cuidado y delicadeza, casi como una plegaria, me lo vierte por la cabeza. No sólo unas gotas, todo el frasco de perfume! Y Sadiq, alumbrado, interpreta apresuradamente el gesto de su madre: "¡Esa es la hospitalidad de mi pueblo!

En un campo de refugiados

Varios años más tarde, representaba al arzobispo de Jartum en una gira por los campos de refugiados. Llegué a Gedaref. Los años no me habían dado la oportunidad de progresar mucho en las carreras de camellos, pero me las arreglaba para desenvolverme en árabe. De hecho, en los campos tenía que tratar con eritreos que no sabían mucho árabe. Sin embargo, sabían un par de cosas sobre hospitalidad.



Cuando llegué bastante de noche a Gedaref, tuve que tomarme el café de bienvenida. Puedo garantizarles que ese café no estaba descafeinado. Todos los huéspedes observaban cómo se seleccionaban los granos, y como se tostaban en una pequeña parrilla, y todos olíamos su hechizante aroma. Dos o tres pequeñas tazas de café fuerte! No se lo van a creer, pero les aseguro que se duerme muy bien.

A la mañana siguiente, muy temprano, tenemos que caminar uno o dos kilómetros por la arena y las zarzas para llegar al campo de refugiados donde me esperan para la misa. Así que nos ponemos en marcha. Cuando llegamos, hay unas cien personas en la carpa de reunión de la comunidad. Me dispongo a ponerme el alba y la casulla. Me detienen: "No, no. Todavía no". Me hacen sentar y me traen un buen vaso de agua. Muy buena idea, pensé. Entonces se acerca una mujer con un gran cuenco y una jarra. "Parece que quiere lavarme las manos". No, el lavabo es para más tarde en el ofertorio. Me desató los zapatos, me quitó los calcetines y me lavó los pies a conciencia. ¡Qué bien! Me parece evidente que se llama María Magdalena. Buscando una toalla, no la encuentra, así que se desata el pañuelo de cabeza y me limpia los pies con él. "¡No puede ser! ¡Es demasiado!

También en Japón

En Japón también fue demasiado. Estaba visitando a mis compañeros en Misonoguchi. Después de la misa del domingo, mi compañero Florent me susurró al oído: "A esta feligresa le gustaría venir a saludarte esta tarde. Por

supuesto", le digo, "puedes servirme intérprete?". No hace falta", dice Florent, "me ha dicho que será sin conversación".

A la hora convenida, un poco desconcertado, llego al salón parroquial, pero no reconozco a la señora de la mañana. Ahora está arreglada, vestida con su kimono ceremonial. Florent me indica dónde sentarme. Ayako ya había dispuesto todas las tazas y objetos necesarios para la ceremonia del té. ¡Todo un ritual sólo para mí! Para ella, yo era el invitado de honor, recibido no sólo con una sonrisa o una reverencia, incluso profunda y prolongada, sino con un elaborado ritual en el que tenía todo el tiempo del mundo para apreciar la belleza de los gestos y la gracia de "comulgar" con el té. Treinta minutos de silencio y elegancia, seguidos de una profunda reverencia. Se fue de puntillas. Era real, auténtico. Toda la hospitalidad estaba en el ritual. Ni hubo palabras.

Como en el Evangelio

La madre de Sadiq, mi Maria-Magdalena, Ayako, las tres habían comprendido que "la hospitalidad permitía a algunas personas, sin saberlo, acoger ángeles en sus casas". ¿Lo habían leído mis tres "hospitaleros" en la Epístola a los Hebreos 13:2? Probablemente no. ¿Lo habían entendido? Tal vez no. Pero lo sabían. Lo hacían.

La hospitalidad, la acogida de los extranjeros, se vive de forma diferente en cada cultura. En Cuba, Pepe lo experimentaba cuando me daba la bienvenida a Jibacoa en la puerta de su casa: "Alina -le decía a su mujer-. Ha llegado Rolando. Prepara un buen café". Unos minutos después, estaba hecho. No llevaba tanto tiempo como en Japón, pero el corazón estaba en ello.

También pienso en mi hermana mayor, Suzanne, en Haileybury, Ontario. Ella también vivió la acogida cuando recibió a su nuevo párroco, un buen Congolés: "Aquí no tienes familia. Mi hermano está solo en África. Así que voy a adoptarte como a un hermano, tejerte unas medias de lana y traerte unas tortas de azúcar".

Gracias por el perfume. Gracias por el lavado de pies. Gracias por la ceremonia del té. Gracias por el cafecito... ¡y por las medias de lana! ¡Qué hospitalidad!